

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA XV DESPUES DE

PENTECOSTES.

San Lucas, cap. VII, vs. 11 al 16.

En aquel tiempo iba Jesús á una ciudad que se llamaba Naim, y con él iban sus discípulos y gran multitud de gente, y cuando estaba cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban á enterar un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda, y la acompañaban muchas personas de la ciudad. Así que la vió el Señor, movido de compasión la dijo, no llores. Y se llegó, y tocó el féretro (y los que lo llevaban se pararon); y dijo: Mancebo, á ti digo, levántate: y se sentó el que estaba muerto y comenzó á hablar. Y le dió á su madre. Con esto quedaron todos atemorizados, y engrandecían á Dios diciendo: Un gran profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo.

CAPITULO XI.

DE CÓMO SANÓ JESUS A UN PARALÍTICO QUE PUSIERON A SU PRESENCIA BAJANDOLO DESDE EL TECHO.

Habiendo dejado Jesús un predicador tan excelente de sus grandes misericordias, como era el demoniaco sanado en la tierra de Gerasa, entró en su navicilla y marchó otra vez á Galilea, donde le esperaban con grande impaciencia, aun cuando apenas hacía dos días que de allí faltaba. A su llegada encontró un pueblo casi inmenso acampado en la ribera, que lo recibió con grandes aclamaciones y le acompañó hasta la casa de la suegra de Pedro, donde tenía la costumbre de hospedarse. Parecía lo mas natural que después del viaje le permitiesen las turbas algun descanso; pero como lo hallaban siempre tan dispuesto á recibirlos, instruirlos, consolarlos y curarlos, puede creerse que ó no temian fatigarlo ó le creían infatigable. Había pasado el lago con la nave el que podía haberlo pasado á pié enjuto [1], porque no siempre queria obrar milagros para no perjudicar al misterio de la Encarnacion: al contrario de los hombres de este mundo, que tan luego como tienen algun poder prefieren usar de él aun cuando sea contra la verdad de la justicia: y quiso usar de la nave para enseñarnos que para atravesar nosotros el

[1] Div. Crisostom. Hom. 30 in Math.

mar proceloso de este mundo y llegar á nuestra patria celestial, debemos usar del barquichuelo de la mortificacion y penitencia; por lo que nos dice en el Evangelio que el Señor *llegó á su ciudad*, esto es á Cafarnaum, ciudad suya, no porque en ella hubiere nacido, sino porque la habia ilustrado con muchos y grandes milagros. Belen era su ciudad, porque allí habia nacido; Nazareth le pertenecia, porque en ella fué concebido y criado; y Cafarnaum fué su ciudad, porque fué largo tiempo el lugar de su residencia. San Agustin observa [1] que la llamó el Señor ciudad suya, porque era la metrópoli y la ciudad mas insigne de Galilea, en donde brilló con mas claridad la fe y la doctrina que enseñaba por la confluencia de agentes que allí acudian, y porque confirmada á vista de tantos con muchos milagros, era mas saludable y eficaz para su conversion; ó porque interpretándose la villa de la *hermosura, de la gordura y del consuelo*, todo lo que es para muchos ocasion de pecar, necesitaba por lo mismo de muchos milagros para convertir algunos de los que á ella concurrían.

Como el Señor acostumbraba á retirarse con frecuencia á la soledad para hacer oracion y tratar detenidamente con su Padre el importantísimo negocio de la salvacion de los hombres, quisieron asegurarse los cafarnaitas del dia y hora en que podrian hallarle para conversar y tratar con él con toda libertad y sosiego; y así que estuvieron asegurados se reunió un tan numeroso concurso, que no solamente se llenó la casa, sino es que muchos se quedaron en la calle embrazando el tránsito y obstruyendo la puerta de manera que no era posible acercarse á ella. Los discipulos, viendo tantos oyentes juntos, conociendo que Jesús tenia mas celo para instruirlos que el que ellos mostraban para escucharle, le pusieron una cátedra y ofrecieron al mismo tiempo asientos á los doctores y maestros de la ley que habian venido, no solo de Galilea y Judea, mas tambien de Jerusalem, para oír al que poseia la plenitud de la mas alta ciencia, pero con el itañado intento de examinar sus palabras y observar crítica y severamente sus acciones.

La dulzura y suavidad de la doctrina de Jesús y su honesta ama-

[1] Div. August. lib. 2.º de consensu Evangelist. c. 25.

bilidad, autorizada con miles de públicos milagros, le habian adquirido en toda Galilea un crédito y reputacion admirable, del que heridos y lastimados en la suya los escribas y doctores, buscaban con avidez ocasiones para desacreditarle y perderle. Puédese mirar este viaje como época de la guerra cruel que no cesaron de hacer á su sagrada persona, doctrina y discipulos, hasta la entera ruina de su nacion. Estos hombres malignantes y perversos estaban sentados á sus lados, y mientras el pueblo sencillo admiraba todas sus palabras, ellos escuchaban con intencion maligna, en cuyo acto fué interrumpido el discurso de Jesús con un suceso singular que llamó sobremanera la atención de todos los que se hallaban presentes.

Un pobre paralítico de tal suerte privado del uso de sus miembros, que mas parecia hombre muerto que vivo, era conducido en su lecho entre cuatro personas llenas de confianza en Jesús y de caridad con el enfermo, pero no podían romper la valla de la gente para presentarse al soberano médico. Desesperando, después de mil esfuerzos, de poderle entrar en la casa, les ocurrió subirle sobre el techo, hacer en él una gran abertura y bajarle con sogas metido en su propio lecho hasta ponerle delante del Salvador en medio de todo el concurso; y viendo Jesús la viva fe de su corazón que se manifiesta ya por los efectos, determinó llenar al punto los deseos de todos recompensando su caridad. Los fariseos previeron en parte las santas y misericordiosas intenciones del divino Maestro; pero no presumieron que una curacion repentina y milagrosa que desde luego esperaron, viniese á descubrir la perversidad de las suyas y á causar su confusion; pues el Señor, para quien no hay acepcion de personas, nunca dejaba de hacer sus obras por respetos humanos y consideraciones puramente terrenas; y así, mirando la fe admirable del enfermo que imploraba su socorro, y la industriosa y solícita caridad de los que se le presentaban, movido de piedad dijo al primero: *Hijo mio, ten confianza, son ya perdonados tus pecados*; enseñándonos con esto que la salud del alma se debe preferir á la del cuerpo, y que siendo esta la primera y mas principal necesidad debia antes otorgar esta gracia, aunque no se la pidieron.

Los escribas y fariseos que buscaban con la mayor ansia motivos de escandalizarse en las doctrinas y obras de Jesús, creyeron con

este satisfacer cumplidamente sus deseos; condenaron temerarios la doctrina del Salvador, y sin luz bastante para conocer su eficacia y virtud, susurraban entre sí, se manifestaban los unos á los otros su grande extrañeza, y se decian: *Este hombre acaba de proferir una blasfemia: él se abroga un poder que solo á Dios compete.* ¿Quién puede perdonar los pecados, sino Dios solo contra quien se cometieron? Con estas extravagantes ideas contaban ya como seguro su triunfo y se prometian al menos desconceptuar al Salvador y malquistarle con los pueblos que le tenían como á un gran profeta: con todo, aun no se atrevian á pronunciarse en público temiendo conmovier las turbas y excitar contra sí su animosidad, porque se conocia en sus semblantes que estaban esperando un gran milagro. Pero Jesús, para quien nada hay oculto, cuyo celo no era como el de los fariseos, ciego ó presuntuoso, y que sin ningun signo exterior conocia bien los interiores, se avanzó á los pensamientos y les dijo: *¿Por qué pensais mal en vuestros corazones? ¿Qué sospechas formais interiormente contra mí? ¿Crees por ventura que vuestra presencia es capaz de imponerme para que no obre hoy un milagro á vuestra vista? ¿U os habeis tal vez figurado que por carecer de virtud para ello he dicho á este infeliz que le son perdonados sus pecados, para que nadie pueda contradecirme ignorando lo que pasa en su alma? Mas yo quiero convenceros de que no soy blasfemo. Yo quiero aseguraros de que sois temerarios en vuestras sospechas y acriminaciones interiores, y obrando la cura milagrosa del cuerpo sepais que tambien puedo obrar la del alma, que tan dificultosa y superior á mis fuerzas os parece. Así, decidme: ¿Cuál cosa os parece mas fácil, decir á este *te son perdonados tus pecados*, ó decirle, levántate, toma tu cama y anda?*

Admirados y sobrecogidos de terror y espanto quedaron los fariseos al oír este discurso de Jesús y ver descubierta por él toda la iniquidad de su corazón. En él se descubria ya claramente, no solo el poder sino la sabiduría infinita de Dios, y daba á conocer que Cristo era la cabeza y primogénito de los hijos de los hombres, juez y salvador de todos ellos. Dios y hombre todo junto, y que aun mientras vivía entre los hombres tenia la potestad de perdonarles los pecados en virtud de sus merecimientos unidos con la dignidad

infinita de su persona, y por esto les añadió: Para que sepais que este poder de perdonar los pecados es mucho mas divino que el de curar los cuerpos, yo le ejerzo con autoridad legitima sobre la tierra; considerad sin preocuparos lo que voy á hacer, abrid los ojos, no tomeis mis palabras por blasfemias, ved su eficacia. *Levántate, toma la cama y marcha á tu casa.* Yo soy quien lo quiero así y lo ordeno. Apenas salió esta orden de la boca del Médico omnipotente cuando quedó ejecutada. El doliente, tan incapaz de moverse, que poco antes no podía servirse de alguno de sus miembros, se levantó solo, y sin aynda de nadie cargó sobre sus espaldas la cama á que estaba reducido, tomó el camino de su casa y se marchó bendiciendo á Dios y dándole mil gracias por el beneficio que acababa de recibir. Bien hubieran querido los escribas y doctores disimular el coraje y la rabia de que les llenó este prodigio que desvaneció tan completamente todas sus pérdidas maquinaciones; pero lo procuraban en vano, pues en todas sus acciones y palabras se veian pintadas la ira y la envidia que les dominaban; y las aclamaciones del pueblo que se confundian con las acciones de gracias del paralítico eran para ellos un motivo de desesperacion y tormento. Jamás hemos visto, decian unos, obrar al Señor en medio de su pueblo mas extupendas maravillas; y otros llenos de inexplicable gozo no cesaban de repetir: En verdad que en este dia se ha manifestado Dios á los hombres por los prodigios que obra su enviado y ungido. ¡Oh admirable clemencia del Salvador! ¡Oh increíble misericordia! Recibió el que antes era infeliz, y después sumamente dichoso, la remision de los pecados que no pedía, y consiguió la salud del alma y del cuerpo. En verdad, Señor, que la vida y la muerte están en tu mano, y que si determinas salvar á uno nadie te lo puede impedir, y si otra cosa decretas nadie te puede decir por qué lo haces así. ¡Por qué murmuras, pues, oh fariseo! ¿Por ventura es malo tu ojo porque el Señor es bueno? Si no hay duda de que él se complace de quien quiere, lloremos y roguemos para que tenga misericordia de nosotros. Hinchese nuestra oracion con las buenas obras, aumentese nuestra devocion, excítese cuanto sea posible nuestro amor. Levántense á él nuestras manos puras en la oracion y no manchadas con la sangre de nuestros hermanos; no sucias con los

tactos impuros, ni tampoco irritadas con la avaricia, sino un corazón sosegado y tranquilo, libre del ímpetu de las pasiones: un corazón compuesto y adornado con la mansedumbre y la paz, un corazón lavado y hermosado con la pureza de una buena conciencia. Nada de esto se lee que llevase consigo el paralítico, y sin embargo se lee que escribió la remisión de todos sus pecados: esta es por cierto la virtud de misericordia de nuestro gran Dios, á la cual, así como es blasfemia contradecir ó de ella desesperar, así también es cosa muy abominable pensar alcanzarla sin hacer buenas obras y obrando continuamente el mal. No hay duda que puede muy bien decir el Señor á cualquiera que quisiere, se te han perdonado tus pecados, como le dijo al paralítico; pero el que espera que sin trabajo, esto es, sin oración, confesion ó contricion se le ha de decir esto, vive muy engañado.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, que en tu pasión subiste á la nave de la Cruz, y en la resurreccion pasaste el mar, y en tu ascension veniste á tu ciudad: mira que el temor de los pecados, el de la ira de Dios nuestro Señor, el del peligro de la enfermedad que puede sobrevenir, y el miedo de la muerte incierta y necesaria, te ofrece mi alma caída en la enfermedad del pecado: di, Señor, al que está sumido en ellos que confie, de la gracia del perdón, que se levante por la confesion y la contricion, que cargue con su camilla por la satisfaccion, y que andando y creciendo en virtudes vaya á su casa que es la eterna bienaventuranza, para que viendo la multitud de los fieles estas maravillas, teman y glorifiquen á Dios tu Padre que tal poder te dió para el bien y felicidad de los hombres. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se refiere en el IX del Evangelio de san Mateo, desde el v. 1 hasta el 8. En el II de san Marcos, desde el v. 1 hasta el 12, y en el V de san Lucas, desde el v. 17 hasta el 26, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto de el de san Mateo en la misa de la Dominica XVIII después de Pentecostés, y de el de san Lucas en la misa de la Feria VI de las cuatro témporas después de Pentecostés; uno y otro con los versículos mencionados; el de san Mateo dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA XVIII DESPUES DE PENTECOSTES.

San Mateo, cap. IX, vs. 1 hasta el 8.

En aquel tiempo entrando Jesús en un barquichuelo, pasó á la otra parte del mar y vino á su ciudad. Cuando he aquí que le presentaron un paralítico postrado en un lecho, y viendo Jesús la fe de este y de los que lo presentaban, dijo al paralítico: Ten confianza, hijo mio, que perdonados son ya tus pecados. Y en seguida dijeron ciertos escribas para consigo: Este blasfema. Y habiendo penetrado Jesús los pensamientos de ellos, dijo: ¿Por qué pensais mal en vuestros corazones? ¿Qué cosa es mas fácil decir: se te perdonan tus pecados, ó el decir levántate y anda? Pues para que sepais que el Hijo del hombre tiene en la tierra potestad de perdonar los pecados, dijo al mismo tiempo al paralítico: Levántate, toma tu cama y vete á tu casa. Y se levantó y se fué á su casa. Lo cual viendo las gentes quedaron poseidas de un santo temor, y glorificaron á Dios por haber dado tal potestad á los hombres.

vaya el Señor á su casa y que ponga la mano sobre su hija para que consiga infaliblemente la salud y la vida. Grande fe, exclama el Crisóstomo [1], pero ignoraba que asimismo podia libertarla el Señor aunque estuviese ausente, y por esto le rogaba que fuese y la tocase.

¡Qué pequeña, qué pobre, que insuficiente es la grandeza de la tierra para remediar las necesidades del alma! No hay poder en el mundo que no esté dependiente y necesitado de los auxilios de Cristo cuando sus males tocan al alma, y aun cuando no hieren ni lastiman sino la parte exterior y visible que es el cuerpo. El Jairo, á quien san Mateo llama hombre principal, y san Marcos y san Lucas apellidan cabeza de la Sinagoga, nada tenia que hacer en los ministerios del templo, cuyas funciones eran propias de los sacerdotes: su oficio era leer, explicar la ley y presidir en la oracion pública; en lo que se ve que era hombre de saber y autoridad entre los judíos: sin embargo, fué el primero que se atrevió á pedir á Jesús semejante gracia, aunque su fe no igualaba á la del centurion; por lo que la premió el Señor sin admirarse ni hacer elogio de ella como de la de este. ¡Ven, Señor, le dijo, y toca con tu mano á mi hija, y vivirá. Y si esto hace y así ruega uno de los que parecian enemigos irreconciliables de Jesús cuando teme la desgracia de su hija, ¿qué deberán hacer los hombres para evitar la ruina y la desgracia de su alma? ¿A quién no espanta la indiferencia con que se mira este mal gravísimo? Acúdense con mucha frecuencia á Dios en las calamidades corporales, y se le pide con instancia la salud, la hacienda y la honra perdida; pero no es tan frecuente acudir á él para remedio de los pecados que matan al alma, ni el gemir ni suspirar, ni abandonar las ocasiones para que se le restituya la gracia, que es su propia vida. Poco se ama esta hija tan preciosa cuando por respetos y consideraciones humanas dejamos de buscarle medicina que la sane y vida que la resucite. No puede haber mayor locura que preferir el amor ajeno al amor de una cosa tan íntima y tan nuestra como la propia alma. Y si la fe del gentil fué mas perfecta que la del judío, ¿no deberá serlo mucho mas la del cristiano? El verda-

[1] Div. Crisostom. Hom. 32 in Math.

CAPITULO XII.

SANA JESUS A LA HEMORROISA Y RESUCITA A LA HIJA DEL ARCHISINAGOGO.

Aun repetian las turbas sus bendiciones al unguido del Señor, porque le habia dado Dios un tan grande y excelso poder que empleaba sin cesar en beneficio de los hombres. Aun llevaban los aires los ecos de estos votos de gratitud hasta el centro de las regiones gentiles para atraer al Salvador nuevos adoradores y admiradores de su gracia y santidad. O por mejor decir, aun estaba hablando el mismo Jesús á las turbas, cuando se presentó á él uno de los príncipes de la Sinagoga llamado Jairo, y con el modo tierno y compungido, propio de un amoroso padre, le rogó humildemente por la salud y la vida de una hija única que tenia, de edad de doce años, la que se hallaba á las puertas de la muerte. Llevado en alas del amor paternal, rompió por medio de las turbas y sin reparar en la crítica mordaz que los escribas que se hallaban presentes pudieran hacer de su conducta, y sin que le detuviera la mordiente censura de los soberbios partidarios de la Sinagoga, se arrojó á los pies del Salvador, le adoró humildemente y le pidió fuese á su casa porque su hija se estaba muriendo, y aun él mismo ya la creia difunta; pero le añadió que esto no importaba, porque si él se dignaba ir á verla y tocarla con su mano, le daría infaliblemente la salud y la vida. Dos cosas pide el buen padre para conseguir la tercera, y son: que

dero hijo de Dios que cree con viva fe no debe limitar y restringir su súplica á condiciones carnales, sino que arrojándose en los brazos de su omnipotente providencia, debe exponer con humildad la necesidad que le aflige, y dejar al arbitrio de su misericordia y bondad la eleccion de los medios convenientes para su socorro. Temerario es el que espera la salud sin pedirla al dador de ella, y tentador el que la pide con ciertas y determinadas condiciones.

Mas á pesar de la imperfeccion de la fe del judío que rogaba, le oye el Señor benignamente, condesciende con su súplica y aprovecha esta ocasion para mostrar su misericordia y poder con otro nuevo é inesperado milagro, y confirmar en la fe al que parecia estar poco firme en ella. Levantóse Jesús, que hasta entonces habia estado sentado, y siguió con presteza y humildad al hombre que le rogaba, acompañado de sus discipulos y de un pueblo innumerable que por todas partes le cercaba. En esto dió á los súbditos la forma de la obediencia [1] y el modo de contemporizar con los iguales; y á los superiores y prelados el de resucitar las almas muertas por la culpa, no prefiriendo sus propias comodidades al bien de sus ovejas, puesto que el Maestro divino propuso la suya propia á la salud ajena; sobre lo cual dice el Crisóstomo [2]: Tan luego como fué rogado, siguió al que le rogaba sin demora ni tardanza, con cuyo ejemplo nos enseñó á no ser perezosos en todas aquellas obras que han de redundar á mayor honra y gloria de Dios y provecho de las almas.

Parece muy regular que entre tanta confusion y tropel de gentes como acompañaban al Salvador, fuese su Majestad tal vez mas despedido de lo que deseaba el padre de la enferma; pero marchaba con la aceleracion que juzgaba necesaria para curar otra enferma á la que queria hacer este beneficio. Esta mujer desgraciada queria en cierto modo hurtar al Salvador un milagro que no se atrevia á pedirle. Su enfermedad la causaba mucha confusion y vergüenza, y no habia perdonado gasto ni diligencia para sanar. San Lucas y san Marcos aseguran [3], que habia gastado todos sus bienes con

[1] Remigius in Math. cap. 9.

[2] Div. Crisostom. Hom. 32 in Math.

[3] Luce VIII, Mar. V.

los médicos, y que con las medicinas se habia puesto peor. Doce años enteros habia padecido habitualmente agotándose de sangre y de fuerzas, y se juzgara dichosa y diera por bien empleados sus caudales si á tanto precio y á costa de tanto martirio hubiese conseguido alivio; pero reducida á necesidad y pobreza, consumida y agotada por los remedios, se hallaba en peor estado que antes. Su único consuelo era el Salvador, de quien habia oido hablar tantas maravillas, y tenia en él tanta confianza, que decia entre sí misma: Si yo pudiese solamente tocar parte de su vestido, sin duda quedaré sana. Dios tendrá piedad de mí en consideracion al respeto y á la confianza que manifestaré á su unguido.

Así pensaba esta infeliz, porque convencida y desengañada por su propia y dolorosa experiencia, conocia bien la ineficacia de los remedios humanos cuando Dios suspende su virtud. No la llamaremos infiel, porque entonces entraba en el camino de la fe y empezaba á creer; pero infiel es, no hay duda, á Dios, el que no acude á él en sus tribulaciones hasta haber agotado todos los arbitrios humanos y experimentado su insuficiencia. ¡Cuántos medios de esta clase no surten efecto porque Dios no les bendice! ¿Quién hace por el alma lo que por el cuerpo? A trueque de no perder la vida corporal, nos arrojamos á remedios mas dolorosos y ásperos que la misma dolencia, y nos arredra la menor penitencia para recobrar la salud del espíritu. ¡Qué necedad!

Verdaderamente penetrada la hemorroisa de una santa y sólida esperanza en la misericordia de Jesús, se mezcló entre la muchedumbre, y sufriendo empujes y baibenes, se acercó como pudo y logró ponerse á su espalda. No intentó ponerse á su presencia, ya por la vergüenza que le causaba la fetidez de su enfermedad [1], ya porque por ella era según la ley reputada por inmunda, ya para significar el rabor y la confusion que la criatura debe tener por sus culpas, ó ya en fin porque tal vez no hubiera podido lograrlo por la multitud de las turbas que al Salvador rodeaban. Mas apenas se vió cerca del Médico divino, cuando al parecer su contigüidad hizo que se aumentase su fe y que tomase aliento su santa osadía: alar-

[1] Div. Hieronim. in cap. 9 Math.

ga su mano y toca la *Fimbria ó ribete* del manto que á ejemplo de todos los judíos observantes de la ley llevaba el Salvador en la extremidad de su vestido [1], y al punto la sangre se detiene, cesa el mal, siente alivio en todo su cuerpo, y se encuentra en tan bella disposición, que cree asegurada su salud. ¡Oh fe admirable! exclama el Crisóstomo [2]. No pide que Jesús vaya á su casa, ni espera el contacto de sus manos, ni la virtud eficaz de su palabra. Solo el tocar la menor parte del vestido del Salvador le parece bastante para sanar de su envejecida dolencia. No dudó si quedaría sana ó no; mas viendo marchar á Jesús cercado de pecadores, creyó firmemente que lejos de quedar manchado con la impureza de los que le tocaban, tenía él en sí mismo la virtud de purificar las almas y los cuerpos; y así contenta cuanto se puede pensar, se aplaudía á sí misma de la inocente sorpresa que creía haber hecho á Jesús, y se prevenía para seguirlo á la casa del Jairo.

Jesús sabía mejor que ella lo que pasaba y lo que ella no se atrevía á decir. Sabía no solamente que había tocado su vestido, sino que conocía la persona que lo había tocado, la virtud secreta que se la había comunicado y el modo admirable de su curación. Pero queriendo que ella misma descubriese la gracia que se la había hecho, se volvió al pueblo y preguntó quién le había tocado. Todos se excusaban y defendían: la mujer curada se mantenía oculta, bajaba sus ojos y callaba. Tomando entonces Pedro la palabra de comun acuerdo con los demás discípulos, dijo á Jesús: Maestro, veis que toda esta multitud os cerca y oprime, ¿y preguntais quién os ha tocado? Yo sé bien lo que digo, replicó el Señor. Aquí hay alguna persona que me ha tocado de una manera que no es común ni vosotros comprendéis. Yo he sentido salir de mí aquella virtud que como Hijo de Dios tengo para la curación de todos los males. Yo lo sé cierto y pregunto, ¿quién me ha tocado de este modo?

[1] Fimbria era una orla ó franja que daba vuelta por todo el manto ó capa, la cual era cuadrada y no redonda, y á cuyos cuatro cabos llevaban unos lazos ó flecos de color morado. Quiso Dios que este distintivo en el vestido sirviera á los hijos de Israel de continuo recuerdo de los grandes beneficios que había recibido de su mano.

Num. cap. 15, v. 28. Deut. cap. 22, v. 12.

[2] Div. Crisostom. Hom. 32 in Math.

Miraba Jesús al rededor de sí y buscaba una confesión franca y sincera, y no quien le diese una noticia; y fijó su vista en la mujer, que ya no dudó que el Salvador sabía lo que ella había hecho, por mas cuidado que hubiese puesto en ocultarlo, y precisado por el testimonio de su conciencia á descubrir la maravilla que se había empezado á revelar y á dar á Dios la gloria debida por ella, llena de temor y temblor fué á echarse á los pies de un tan divino bienhechor, y confesó á la presencia del pueblo toda la verdad del hecho. Verdad es, Señor, le dijo, que alguna persona ha tocado la extremidad de vuestro vestido, y soy yo, Señor, la que he tenido esta libertad. Doce años he estado afligida con un flujo de sangre incurable: yo puse mi confianza en vos, aunque no me atreví á manifestáros-la; pero vos, para quien nada hay oculto; vos, que penetráis el corazón de las criaturas, vos habeis oido mis ruegos y ya estoy sana. Aquí me tenéis á vuestros pies temblando, pero penetrada del mas vivo reconocimiento; y pues que me habeis oído y sanado, no queréis castigarme. Jesús, que no quería otra cosa: mas que esta pública confesión del milagro por la misma en quien se había obrado, se contentó con haber oído de su boca esta declaración; y mirándola con mucha dulzura la dijo: *Ten confianza, hija mía; tu fe te ha curado, vete en paz.* Que fué lo mismo que decirle: Bien conocía la viveza de tu fe: en el punto mismo en que procurabas ocultar tus intentos, yo los favorecía y he querido premiarlos. Anda en paz, y ten por cierto que estás y estarás enteramente sana de tu larga y penosa enfermedad.

San Gerónimo advierte [1] que no la dijo el Señor tu fe te salvará, sino tu fe te salvó; porque ya había creído, y desde que creyó fué salva. Y el Crisóstomo añade [2]: Dícela el Señor que tenga confianza, porque era tímida, y la llama hija porque tuvo fe, y la fe en Cristo nos concede la gracia de la filiación: y no la dijo Jesús yo te sané, sino tu fe te salvó, para ensalzar el mérito de esta preciosa virtud, por lo cual somos hechos y llamados hijos de Dios, y para enseñarnos que en nuestros actos virtuosos no debemos buscar nuestra gloria sino la de Dios; añadiéndole por último, vete en paz,

[1] Div. Hieronim. in cap. 9 Math.

[2] Div. Crisostom. Ibid.

para que entendiera que no solo quedaba libre de la perturbacion que tantos años habia padecido á causa de su enfermedad, sino que la paz de Dios habitaria en su corazon, no solo en el cuerpo, sino tambien en el alma, porque quedaba curada de las pasiones corporales y de la mas terrible enfermedad del pecado [1].

Haciendo pública el Señor la fe de aquella mujer, mostró penetrar los secretos del corazon y juntamente confirmó y corrigió la fe de Jayro. Aunque los hombres no conozcan ni sodeen los corazones fieles ni los alaben, los conoce y los aprueba, y alaba Dios, dador y premiador de la fe; y por esto pone el Señor en muchas ocasiones á una prueba durísima nuestra fe, para poderla alabar y premiar. La de Jayro pasó en esta por una prueba terrible, y sin embargo, no desmayó, sino que al parecer creció de punto y se enardeció. Presente estaba á una conversacion tan llena de piedad y clemencia, siendo testigo de un milagro tan manifiesto: por lo que mas convenido de que el Salvador estaba lleno de una virtud divina bastante poderosa para dar la paz en nuestro corazon, y de que no habia ya

[1] Muchos creen que esta hemorroisa que se dice aquí sanada por Jesucristo fué Marta, hermana de María y de Lázaro, atendiendo á que dice san Ambrosio en la exposicion del capítulo VIII de san Lucas, que entre los beneficios que hizo Jesús á la familia de Lázaro, deben ocupar el primer lugar el haber curado á Marta de un largo flujo de sangre que padecía, el haber lanzado los demonios del cuerpo de María, y el haber resucitado á Lázaro; pero de ahí no se infiere que aunque esta hemorroisa se llamase Marta, fuese la hermana de María ó de Lázaro; lo que se confirma por los dichos de san Lucas y san Marcos, que aseguran quedó reducida á la pobreza, gastando cuanto tenia con médicos y medicinas para conseguir su salud, puesto que Marta, hermana de María, siempre fué rica. Esto lo confirma Ensebio en el libro VII de la Historia eclesiástica, capítulo XIV, donde dice: Que esta mujer era de Cesárea de Filippo, la que después de estar sana mandó labrar en dicha ciudad una estatua de bronce ó imagen y semejanza de Cristo, con la orla ó fimbria de su vestido, la que colocó en un lugar descubierta de su casa: la tenia con gran reverencia, y adoraba con mucha devocion; á la parte opuesta de la imagen de Cristo hizo colocar otra estatua suya puesta de rodillas, con los brazos cruzados sobre su pecho como en ademan de rogar y suplicar al Señor, y alargando un poco su mano derecha como que quisiere tocar la orla de su vestido. Sucedió que al pié de la imagen de Cristo nació una yerba de ninguna eficacia y virtud; pero cuando crecía hasta tocar la orla del manto que cubría, la adquiría tan grande y eficaz que sanaba todas las enfermedades. San Gerónimo añade, que esta imagen de Cristo se conservó en Cesárea de Filippo hasta los dias de Juliano Apóstata, y que teniendo el tirano noticia de ella, y que la mujer la habia mandado labrar para perpetrar la memoria del beneficio que de Jesús habia recibido, le mandó derribar y colocar en su puesto una estatua suya propia, la que fué poco tiempo después herida y destrozada por un rayo.

la menor duda de que él era ya el autor de la vida y el repartidor de la humana salud, debia augurar mas felizmente por lo que miraba á la de su hija. Pero en lo mas fuerte de su esperanza quiso Dios aumentar su mérito con una nueva prueba.

La fe que nos salva, y sin la cual nada nos sirve llegar á Jesucristo, es aquella fe viva acompañada de las obras y animada por la caridad, y que teniendo su asiento en el entendimiento y en el corazon, cree con la mayor firmeza sin desesperar jamás; y es la que Jayro manifestó tener y Jesús premió con largueza. Cuando con mas atencion escuchaba al Salvador y admiraba su caridad con la hemorroisa, se le acercaron sus amigos y criados de su casa, y le dicen: Vuestra hija acaba de espirar: no teneis que cansar mas al Maestro ni obligarle á ir mas lejos; excúsale el trabajo del camino que le falta.

Fuerte y aun espantosa debió ser para el padre la noticia de la muerte de su hija, dada en tales circunstancias; y por mas que la tuviese por cierta no podia dejar de causarle una violenta impresion; mas á pesar del pernicioso consejo de sus embajadores perseveró firme en su esperanza, sin caer de ánimo ni dejarse llevar de la tristeza ó desesperacion; porque Jesús, que oia lo que pasaba con su ordinaria é imposible tranquilidad, le inspiraba mas confianza que podian quitarle los funestos avisos que le daban; y compadecido en su dolor previno todas las consecuencias diciéndole: *No temas, avivax tu fe, cree, y verás presto á tu hija con vida y perfecta salud.*

El consuelo que derramarían estas palabras de Jesús en el corazon de aquel afligido padre no puede explicarse. Creía, acababa de ver premiada la fe de una pobre mujer con un público milagro; y no pudiendo dudar de la inmensa caridad del que le consolaba y alentaba, caminaba confiado á su casa en compañía del Salvador. No es extraño: iba á su lado el autor de la vida; no debia en manera alguna temer la muerte [1]. Al entrar Jesús en ella despidió la inmensa multitud de gente que le seguía, sin permitir persona alguna que le acompañase, sino á sus amados apóstoles Pedro, Jacobo y Juan, y dispuso que el padre y la madre entrasen con ellos en el

[1] *Bed. in cap. 8 Lucæ.*

apuesto de la difunta. A su paso encontraron llenas las salas de personas que lloraban; y según la costumbre que los judíos habían tomado de los pueblos extranjeros, habían entrado músicos y plañidores asalariados, que con instrumentos y canciones lúgubres solían asistir á los funerales. Esta inquietud, tumulto y aparato fúnebre, mezclado de costumbres gentílicas, no podía ser del agrado del Señor, y menos un concurso de gentes dond^e sabía había muchos que se burlaban de su virtud; por lo que mandó cesar tanto alboroto, diciendo: *Retiraos, porque la doncella no ha muerto, sino que duerme.* Para los hombres había muerto en verdad, porque no podían resucitarla [1]; para Dios no había muerto, porque vivía en sus decretos y descansaba la carne que muy en breve había de resucitar. Todos los presentes que sabían fijamente que había muerto, se burlaban de él, creyendo que hablaba del sueño natural y que ignoraba la muerte. Mas no se irritó ni enojó el Salvador aunque se viese burlado en las salas de los príncipes, ni arguyó ni increpó á los satíricos burlescos, porque cuanto mayor fué la burla que quisieron hacerle, tanto mas admirable y sorprendente fué después la manifestacion de su virtud [2]. Mandólos arrojar fuera, porque no eran dignos de ver el misterio de aquella resurreccion, los que insultaban con indignos desprecios al que había de obrarlo, y el escarnio no bastó para hacerle desistir del proyecto formado.

Luego que el Salvador hizo que se echaran de allí todos los concurrentes menos las cinco personas que habían entrado con él, se acercó á la cama donde se hallaba aun la difunta, y con voz fuerte y en lengua siríaca, que era la que entonces se usaba en aquel país, la dijo: *Talitha cumi, esto es, niña, contigo hablo, levántate.* Al pronunciar estas palabras, tomóla de la mano como si solo tratara de despertarla, volvió el alma al cuerpo que había dejado, se levantó la difunta, empezó á andar y mandó Jesús que la trajesen de comer. Solo estas cinco personas quiso tener para testigos del milagro, porque á los blasfemos é irrisores de las gracias de Dios no se han de revelar los misterios del Señor, sino á los fieles que honran y dan gloria á Dios por ello; y mandó echar á todos, y particular-

[1] *Bed. Ibid.*[2] *Div. Hieronim. in cap. 9 Math.*

mente á los alborotadores, para enseñarnos á huir y evitar los aplausos del mundo. Indigno es el mundo de tener parte en las obras de Dios y de conocer la virtud de su gracia. ¿Cómo puede esperar el hombre recobrar la vida del cielo, si no ahuyenta de sí el espíritu mundano, y no franquea su corazón á Cristo y á sus discípulos? Nadie se levanta de sus caídas sino por la santa humanidad del Salvador, que es como la mano y el instrumento de la divinidad, á la cual está unida en la persona del Verbo. De esta humanidad nace nuestra vida, porque en ella murió el Salvador, y resucitó y dió cumplimiento á su sacrificio. Como hombre tomó la mano de esta difunta, y como Dios la levantó y la restituyó la vida. En la union de la mano viva de Cristo y de la mano muerta de esta mujer, descubren los santos padres la union de la gracia y de la voluntad, y la union con que consintiendo la voluntad con la gracia, y siendo alentada y vivificada por ella, conspiraron ambos con inefable suavidad y eficacia á la justificacion y á la práctica de las virtudes.

Todas las señales de vida que hizo Jesús dió la difunta, causaron no menos satisfaccion que admiracion en sus padres, que llenos de gozo y alegría por ver una hija tan querida resucitada á sus ojos, iban á prorumpir desde luego en festivas aclamaciones, demostrativas de su reconocimiento y gratitud. Quería con esto condenar á ciertas gentes que en todas las cosas no se proponen mas que su propia gloria, y quería tambien hacer conocer á todo el mundo que si la resurreccion de esta niña era divulgada algun dia, como efectivamente lo fué en todo el país, no sería por orden suya ni por deseo que tuviese de su propio honor, pues jamás fué su intencion el que se ensalzasen sus milagros, los cuales únicamente obraba por el bien de los hombres; y si consentia se publicasen, solo era por la gloria de su Padre. La alegría empero no podía estar oculta, la gratitud y el reconocimiento debían manifestarse, y el concurso de gentes era extraordinario; era por consiguiente preciso que la conmocion fuese grande: parece pues que la idea del Salvador al imponer silencio á los padres solo fué para tener tiempo de apartarse de aquel lugar antes que se divulgase el milagro; sobre lo que dice san Gregorio: El es repartidor de todos bienes, pero no es ambicioso

de gloria, y da todo lo que tiene sin reservar nada para sí [1].

A pesar de tantas precauciones tomadas por el Salvador para ocultar el milagro, á pesar de haber asegurado que no había muerto aquella criatura, mandándola levantar como quien despierta á un dormido, y á pesar de haber encargado que no se publicase el suceso, en un instante corrió aquella nueva por toda la provincia: tan cierto es que la gloria sigue siempre al que huye de ella; y todos bendecían y alababan á Dios, porque había enviado sobre la tierra un hombre tan poderoso en obras y palabras. Este fué el último milagro que obró el Señor en Cafarnaum antes del segundo viaje que meditaba hacer á Jerusalem. Había resuelto ir allá con sus discípulos antes de la fiesta solemne, y habiendo salido de la ciudad con este intento, tomó el camino de la capital; pero como quería predicar en todas partes el Evangelio del reino de Dios y sanar los enfermos, no hacía jornadas largas, sino que aun daba algunos rodeos recorriendo ciudades y lugares, señalándose siempre sus misericordias, que tan abundantemente por todas partes derramaba.

ORACION.

Inefable Señor y dulcísimo Jesús mio: adoro los piés de tu misericordia y verdad, y ruegote, clementísimo Señor, que sanes mi alma manchada con la sangre de mis pecados, por la imposición de la mano de tu gracia: resucítala de la muerte que la causan los deseos de una mala voluntad y los propósitos pésimos y ocultos: restitúyeme á Dios tu Padre, al cual me diste por hijo adoptivo por privilegio de gracia entre tus herederos. No te acuerdes, Señor bueno, de tu justicia contra mí ni de ir contra este culpado: acuérdate, sí, de tu clemencia y mansedumbre y del uso muy antiguo de las piedades que con este siervo miserable, Señor y Dios mio, siempre usaste. Amen.

Nota. La historia de este capítulo consta en el IX de san Mateo, desde el v. 18 al 26. En el V de san Marcos, desde el 22 has-

[1] Div. Gregor. lib. 19 Moral. cap. 15.

ta el 43. Y en el VIII de san Lucas, desde el 41 hasta el 56, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto del de san Mateo en el Evangelio de la misa de la Dominica XXIII después de Pentecostés; dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA XXIII DESPUES DE PENTECOSTES.

San Mateo, cap. IX, vs. 18 al 26.

En aquel tiempo, estando Jesús hablando al pueblo, se acercó á él un hombre principal y le adoró diciendo: Señor, mi hija acaba de morir; pero ven, pon tu mano sobre ella y vivirá: y levantándose Jesús le seguía con sus discípulos. A este tiempo una mujer que padecía un flujo de sangre hacia doce años, se acercó á él por detrás y tocó la orla de su vestido, porque decía para sí: Con solo tocar su vestido quedaré sana. Y volviéndose Jesús y viéndola la dijo: Confía, hija, tu fe te ha curado. Y quedó sana la mujer desde aquella hora. Y habiendo llegado Jesús á la casa del hombre principal, y visto los flauteros y la gente alborotada, decía: Apartaos, que no está muerta la niña, sino dormida. Y se burlaban de él. Mas echada fuera la gente, entró y tomó de la mano á la niña, y se levantó, y se divulgó la fama de esto por toda aquella tierra.